

PERFIL DE RIVA AGÜERO

Como D. Gaspar de Guzmán fué para sus compatriotas por antonomasia el Conde-Duque, así D. José de la Riva Agüero, para los suyos, el Marqués; título burlesco para envidiosos y adversarios, concedido con benévola sonrisa por sus amigos, y considerado injuria personalísima por el populacho, pero que le correspondía en herencia y por fisonomía espiritual. Su sentido aristocrático, su cortesía arcaizante, su ineptia para menesteres manuales, sus gustos refinados, su gallardía y lealtad, y no en último término sus pergaminos y el hábito de Caballero de Justicia y Devoción de la Militar y Soberana Orden de Malta, lo acreditaban como miembro conspicuo del patriciado mundial. Y aun más: Riva Agüero, sin perjuicio de ser para los peruanos nuestro Menéndez y Pelayo, fué —calidad que no vale menos— nuestro Mariano de Osuna. De preclaro nombre, señor de cuantiosa hacienda, nunca corto en dádivas, ostentoso y viajero, hubiera podido disfrazarse, como lo hizo el español en un baile de máscaras, de su propio abuelo y homónimo. Es cierto que no gozó de Grandeza como Mariano Téllez-Girón, XII Duque de Osuna, ni fué ascendido de ministro a embajador de España por el Zar, pero Atenea —la de lucientes ojos—, que también suele hacer primos, lo mandó cubrirse de Grande en el Reino de las Letras, y en más de una Corte, de Levante y Poniente, disfrutó de altos honores sin llevar ante ellas más representación que la suya.

Con tal situación familiar y económica hubiese podido ser D. José un señorito frívolo, mimado por la fortuna, pisaverde en sus años mozos, figurón en los maduros, ruina de su poquedad en la vejez; ejemplo vivo de la decantada degeneración de la

nobleza, muestra palmaria de la agonía de una mentalidad, de una estirpe y de una época.

Pero el destino refutó lo que se juzga bien fundada teoría: Goyito no fué Goyito, no viajó a Chile, sino a España y alrededor del mundo; no se convirtió en hito cronológico para tías y libertas, sino en la columna que con Bartolomé Herrera sostiene el Catolicismo y la derecha en el Perú. Al gran obispo del siglo XIX acompaña ahora el gran seglar del siglo XX.

Católico de cuerpo entero, no únicamente en el ademán y la partida de bautismo, sino en el proceder y la doctrina, cruzado por la fuerza de su convencimiento y el empuje de su espada. Católico de acción —concepto modernísimo—, maestro cristiano que supo colocar la levadura de la fe en el caudal de su enseñanza y proteger —en estas comarcas raro mecenas— a aquella institución que, defensora de la Iglesia, está al servicio del saber y de la patria. A Herrera en el Convictorio corresponde Riva Agüero en la Universidad Católica.

La preocupación por la integridad territorial y la grandeza y decoro del país fueron asimismo comunes a ambos, cristalizada, de un lado, en la Convención de 1851, por la que Herrera obtuvo del Imperio bragantino la libre navegación del Amazonas y puso término al avance de las "bandeiras", que con consecuencias imprevisibles, significaba la invasión pacífica de nuestro territorio, y del otro, en la militarización estudiantil de 1907, tan ardientemente preconizada por el universitario Riva Agüero, y en el hecho casi contemporáneo de no aceptar el ilustre hispanófilo la invitación del Gobierno madrileño a visitar la Península, para permanecer en el Perú durante las vicisitudes de un conflicto armado que felizmente terminó con la definitiva afirmación del derecho que en el punto controvertido asiste a la causa peruana.

El Código civil de 1852 es otro lazo que vincula a Herrera y Riva Agüero. Parece simbólico que el cuerpo de leyes promulgado por el uno haya sido defendido, con tanto brío y erudición, por el otro en su famoso discurso en el Colegio de Abogados de Lima, y exaltado por su causalismo, su organización de la familia y la galanura de su lenguaje.

Pero no bastan ni la Religión profesada, practicada y defendida, ni el ejercicio del magisterio superior, ni el desvelo por

los problemas internacionales, ni la filiación a las mismas concepciones jurídicas, para establecer el ajustado paralelo entre los dos hombres públicos. Es necesario añadir a este cuadro que Herrera y Riva Agüero son las dos figuras más representativas de la derecha peruana, o con mayor exactitud, de la derecha ideológica.

Entiendo por este nombre la postura política que, en tesis general, sostiene tres principios fundamentales: 1.º, la primacía del espíritu sobre lo material; 2.º, el valor de la tradición; y 3.º, el carácter orgánico de la sociedad. En vista de lo primero, es antimarxista; de lo segundo, antirrevolucionario; de lo tercero, antiliberal.

La primacía del espíritu implica una proclividad hacia el "idealismo" frente al "realismo" político, la preferente atención a los problemas de bienestar intelectual y moral, junto a los cuales los económicos y financieros son sólo condiciones, puesto que importantísimas (esto es, el enfoque del fenómeno social desde arriba —comunidad de personas— y no desde abajo —comunidad de productores y consumidores—) y, por fin, la coordinación de lo administrativo y lo eclesiástico en el panorama nacional.

El tradicionalismo significa echar raíces en lo pasado, y a base de éste construir lo futuro, no como una imitación de aquél, sino como su consecuencia, y ello no revela momificación ni anacronismo, sino mentalidad lógica y espíritu de responsabilidad. Lo primero, porque siendo el hombre y la sociedad entes históricos —en ellos lo presente es la proyección de lo pasado hacia lo porvenir— toda modificación abrupta traerá consigo trastornos e inconvenientes; lo segundo, porque sólo quien siente la la gravitación de lo pretérito encara lo venidero —que alguna vez se convertirá en pasado— como algo de lo cual será definitivamente responsable y no simplemente en el breve lapso de su actualidad. Quien ve lo futuro como tradición aun no cumplida asume el peso de la responsabilidad que le es inherente. Tradicionalismo y "futurismo", en cuanto legítimos, son en el fondo idénticos, y por ello no hay contradicción entre la actitud política del mozo Riva Agüero de San Marcos y las opiniones del casi sexagenario profesor de la Universidad Pontificia.

El carácter orgánico de la sociedad supone una jerarquía

funcional entre los miembros de ella. Los hombres son en su esencia iguales: personas, por lo tanto, libres y con derechos inalienables, con capacidad de alcanzar la máxima perfección y el más alto destino humanos. Libertad, igualdad y fraternidad son atributos de toda persona como tal, que la derecha no discute. Pero la sociedad no es una suma, como quieren los individualistas, ni un panal de abejas regido por leyes materiales, sino un organismo espiritual que requiere determinadas condiciones físicas y económicas. En él, sus múltiples elementos están caracterizados por su función, y en vista de ésta son diferentes entre sí. La diversidad de función trae consigo deberes y derechos dispares. La selección entre los distintos miembros de la comunidad para los varios empleos ha de obedecer al único criterio racional posible: la aptitud para ellos. Una de las actividades en el organismo social —no la más noble, pero sí la más pesada— es la directiva (en sus diversos aspectos); la aptitud para señalar rumbos y establecer normas estriba en un grupo de cualidades entre las cuales se distingue la inteligencia. La jerarquía social implica, junto con la densidad de influencia, la soberanía del talento. Igualdad personal, desigualdad funcional de deberes y derechos; gobierno de la sociedad —el pueblo como nación— por sí mismo, empleando como instrumento a los más capaces para ello, son postulados del derechismo ideológico.

Al sostener el primado de lo espiritual, nunca será una política de *fuera* —que es la ley de lo inanimado—, sino de *orden* —que es armonía anímica—. A fuer de tradicional se opondrá a todo *reaccionarismo* —que ignora el tiempo como dimensión en marcha— y buscará resolver sus problemas en la *evolución* natural de los acontecimientos, sin saltos para atrás ni adelante; *conservando* o restaurando lo siempre joven y *renovando* lo caduco. Como propiciadora de una jerarquía funcional nunca podrá hacer el juego del *capitalismo* —que implica la soberanía de la materia frente a la cultura y el trabajo—, sino adherirá a la doctrina de la *función social de la propiedad*, que ya Santo Tomás de Aquino explicó y ahora abraza todo verdadero católico.

Creo que ésta es a grandes rasgos la ideología de aquella derecha que sustentaron Herrera y Riva Agüero (aunque en algunos detalles hubiesen podido discrepar), muy desemejante de

otras derechas, ya sean defensoras de la fuerza —del abuso de la legítima autoridad—, de la plutocracia o de la vuelta a instituciones o hábitos políticos superados, y de las cuales no faltan exponentes en la historia de nuestro país.

El tradicionalismo de D. José fué uno de los caracteres más sobresalientes de su recia personalidad y el que tuvo mayor influencia —de afirmación y contradicción— en el Perú. El representó para nuestras generaciones algo así como la voz autorizada del abuelo, el llamado de otras épocas, y la amonestación a ser consecuentes con ella. Voz en muchos casos desoída y en otros tergiversada, que suscitó reacciones y resistencias, pero que tiene un valor permanente en el cuadro ideológico peruano. No importa que diversos grupos de la ciudadanía se hayan apartado de Riva Agüero; su mensaje, vibrante de ardor polémico y de convicción, fundado en bases incommovibles y cuya vigencia reforzaron los años, será acatado por generaciones venideras cuando, fenecidos los prejuicios personales, se aquilate la cabal significación de este maestro de tantas luces y con tan pocos discípulos.

El amor a la tradición nació de su apego al Perú integral, al Perú que vive su esplendor de Imperio precolombino, su dignidad regia de tres siglos de monarquía ibérica, su gallardía de república independiente, marcada por las jornadas gloriosas de la lucha por su génesis y su afirmación nacional. Y porque veía al Perú en su entidad histórica, como miembro de la familia helénico-cristiana, integrante de la hispanidad —categoría cultural que no política—, pudo también Riva Agüero ser (como dije una vez refiriéndome a Carlos Pareja) un cosmopolita, especialmente un ciudadano del mundo latino, no a despecho de su personalidad, sino gracias a ella. La tradición fué para él un puente hacia otros ámbitos, hacia el universo, y también la raíz en nuestro suelo —aquella tierra cuyo paisaje describió con tanta emoción— en nosotros mismos. Ese tradicionalismo, que hace del Perú no la negación de lo “extranjero”, sino el punto en que incidimos en el marco de la cultura occidental, que rechaza un peruanismo regionalista para asumir un peruanismo abierto al mundo, que busca las corrientes subterráneas y fundamentales que afloran aquí, pero nos unen con otras provincias del espíritu, que afirma los caracteres nacionales pues conoce su

validez ecuménica; este tradicionalismo —digo— opone a Riva Agüero a dos magnas figuras de nuestras letras: Palma y González Prada.

Lo primero parecerá, si se considera sin mayor detención, absurdo; lo segundo, un lugar común. Encaremos, no obstante, las antítesis propuestas. D. Ricardo hizo de la tradición un género literario; D. José vió en ella el contenido ideológico. El uno saborea lo pasado con sonrisa volteriana, el otro aborda la historia patria con seriedad hasta entonces desconocida y aun no superada. Palma se deleita con lo genuina y exclusivamente nuestro y fué —en su estilo literario saleroso y malévoló— el exponente de la gracia limeña, del ingenio vernáculo. Riva Agüero investiga aquello que, perteneciéndonos, tenemos en común con las civilizaciones aborígenes, con España, con el resto del mundo, y lo expresa en forma clásica, de corte académico, sin dengues criollos, en lenguaje variadísimo —remudar vocablos es limpieza, dijo Quevedo—, castizo, asombrosamente exacto y a menudo teñido de casi imperceptible ironía.

Palma amó el pasado y nos lo refirió con cariño, acercándolo al hombre moderno y despertando en él la afición por la añoranza. ¿Pero qué aspectos de antaño nos brinda? Lo anecdótico, la ocurrencia pintoresca, lo superficial. Olvida frecuentemente lo profundo, lo que fué base y espíritu de nuestro pasado. Fomenta en el lector desprevenido de mayores conocimientos sobre la materia la imagen de una época virreinal de marquesas frívolas, corregidores truhanes, frailes licenciosos y santos milagrerros, y de una república de cohetes y valentonadas; todo ello sin menoscabo de los eminentes servicios que, como meritísimo descubridor de documentos e impertérrito bibliotecario, ha prestado a la ciencia de la historia entre nosotros.

Riva Agüero, en cambio, dedica su inteligencia y erudición a mostrar lo definitivo y perenne que debemos a España: la obra de las misiones, el esfuerzo de la asimilación del indígena, nuestra incorporación al mundo occidental; vive la gran tragedia de la aplicación de leyes generosas y justas a un país que no las soporta todavía, el florecimiento del arte y la ciencia en los claustros universitarios y conventuales, los movimientos doctrinarios de los últimos tiempos de la monarquía y las posteriores luchas por ideas y principios.

Si Palma compuso la brillante zarzuela de nuestro pasado, se aplicó Riva Agüero a referir el drama histórico de nuestra existencia nacional. Si el uno fué el mayor "perricholista" que tuvimos, encarnó el otro la ponderada reacción contra esta actitud, reacción amigable mucho más sustancial que el vocerío de ciertos elementos detractores de la colonia. Y, sin embargo, ambos trabajaron por una causa común, se podría decir un poema: el uno suministró de preferencia los adjetivos y la rima, el otro los sustantivos y el ritmo.

Si Palma y Riva Agüero son diferentes, pero se completan —marchan por el mismo sendero—, se sitúan el Marqués de Aulestia y el ácrata González Prada en extremos irreconciliables: derecha absoluta frente a izquierda inflexible; la afirmación del Perú y su pasado frente a la negación del país y todo lo que en él se consideraba plausible; reconstrucción frente a destrucción; actitud desdeñosa del adversario frente al punzante ataque, la difamación y la calumnia; expresión majestuosa sostenida por un sólido acervo de ideas, respaldada por hechos y datos y engalanada de genealogías quizás demasiado prolijas (en este punto émulo del Duque de Guermantes), frente a un estilo brillante y escultórico que disfraza la penuria de conceptos con giros y metáforas felices; vastísima erudición frente a lecturas adecuadas; en fin, gladiador frente a reciario.

Gladiador fué, en verdad, este bravo D. José de la Riva Agüero y Osma, valiente y combativo. Y así como Veuillot, tuvo siempre de su lado al Papa, la verdad y la gramática. Nunca temió decir lo que pensaba, fuese elogio o improperio; abrazó sus ideales con desinterés y coraje y jamás retrocedió este impenitente quemador de naves.

Vasta copia fué la de sus enemigos: el desafío provoca el torneo, pero también la barra de bastardía jamás perdona al penacho, rara vez el error de sintaxis pierde la ojeriza que le inspira el buen castellano; el acomodo no soporta la dignidad impoluta; la ignorancia detesta al saber; la mediocridad se burla del talento; la incredulidad, de la fe, y la pequeñez de ánimo, de la grandeza de espíritu.

Patrono de toda empresa irrealizable, pero justa y hermosa, sustento de entidades desvalidas y personas necesitadas, fué Riva Agüero Don Quijote por la hidalguía y el carácter, y Sancho

en la estatura y lo festivo y socarrón. Y aquí llegamos a un punto que no debe de faltar en el perfil de este prócer: su ironía. Capaz de tejer en cualquier oportunidad propicia un paralelo minucioso y no exento de malicia entre dos lejanas épocas, dos personajes o dos instituciones; de emplear una palabra en un sentido latente, pero legítimo, para divertirse con la perplejidad del interlocutor desavisado, bien se puede calificar a Riva Agüero de humorista. Hacía gala de un lenguaje insólito, asumía actitudes anacrónicas, encaraba hechos y personas desde un punto de vista imprevisible para tener el gusto de ser a su manera y regocijarse anticipadamente con la falsa opinión que de él se formarían los que ignoraban que era el primero en reírse de sus peregrinas ocurrencias. Y así —paradoja chestertoniana— muchos no supieron tomarlo en serio porque no alcanzaron a tomarlo en broma.

Un círculo de amigos —ni tan estrecho ni tan homogéneo como se podría prejuizar— rodeó y admiró cordialmente a ese gran señor, maestro eximio en ciencia y porte, espléndido y bondadoso amigo, amenísimo contertulio, magnífico anfitrión y excelente catador de vinos.

Todo hombre tiene sus defectos, sus errores. Sin duda, tampoco Riva Agüero fué libre de culpa. Varón de duradera significación nacional, no llegó a cumplir totalmente su destino, la misión de su vida: la inapelable crítica y valuación de la historia patria, en el campo científico, y forjar el sistema, claro y convincente de la derecha peruana, en el doctrinario. Riva Agüero es una noble columna dórica, pero en este aspecto trunca. Es cierto que la muerte —la que no pregunta ni espera— lo arrebató en medio de fecunda e insustituible actividad, pero también lo es que no logró defenderse de la dispersión, pecado venial en un país como el nuestro, donde no existen fronteras para un espíritu emprendedor y lúcido que triunfa en cualquier paraje. D. José supo tener una brillante cultura universal (no meramente enciclopédica), pero no dirigir toda la potencia de su mente a un campo circunscrito: fué un polígrafo de nota, pero dejó de ser mucho más.

En los azares de la lid y la polémica, convencido de la justicia y altura de sus intenciones, desconfió a menudo —a veces con razón y otras sin ella— de la buena fe del adversario. En

tal estado anímico habría de serle muy duro practicar con largueza el difícil y supremo arte del perdón. Sólo al ver surgir la sombra del más allá en su lecho de moribundo, mostrando la futilidad del siglo y sus desvelos, le habrá sido posible seguir este cristiano precepto, y en especial por la estrecha huella franciscana, que a fuer de hermano terciario estaba decidido a transitar. A muchos parecerá extraño que Riva Agüero se cubriera con el sayal de la penitencia. Ignoran que maestro de ayer y de siempre es el bienaventurado Francisco, figura de santo y de hombre cabal, amado por muchos, respetado por casi todos. (Es necesario llegar a la extravagancia de Aldous Huxley para despreciarlo.) El *Poverello*, de espíritu medieval —hasta en su preocupación por el rescate de Tierra Santa—, es a la vez el heraldo del Renacimiento y el antecesor del romanticismo: hombre en que el pasado llega a su plenitud y se desprende de sí como una flor grávida de semillas. Hay en él como un nudo de tiempo, un alto en su marcha para divisar un panorama que se pierde porque se transforma en otro que nace. Hermano Francisco, hijo de un mercader de Asís, es también caballero, caballero francés: no está únicamente en la confluencia de dos épocas, sino en la frontera de dos ámbitos. Como lo medieval y renacentista no se oponen porque se integran en él, así también lo italiano (burgués) y lo franco (feudal) se armonizan y hermanan en su simplicidad de peregrino.

Caballero de espuela dorada y doctor renacentista, clásico en la forma y romántico en el brío, latino e indiano, de sencillez no sospechada, amante del arte y de la naturaleza, fué también Riva Agüero. Aunque muchas veces las circunstancias externas lo apartaron del scráfico Francisco, siempre lo más recóndito e íntimo de su alma lo llevaba hacia él, hacia aquella espiritualidad cristiana al par amplia y ceñida, rica y pobre, terrena y celestial. No hay, pues, antagonismo entre el sabio y combativo catedrático, plétórico de vida, y los despojos mortales envueltos en jerga monacal de la iglesia de la Recoleta.

Por su ingenio y cultura, sutil ironía y portentosa memoria, su capacidad de trabajo y voluntad de saber y poderío, su abo-lengo y hacienda, su humanismo integral y su amor a la patria, su combativa sinceridad y valor generoso, su obra y ejemplo, es este calumniado veraz e idealista protegido por la realidad uno

de los perdurables valores del Perú, de ubicación definida: terrible contrario o maestro y amigo.

Muchos juzgarán este perfil injusto e irreverente, extremado y desmedido, o inconsulto y caprichoso, con paraangones arbitrarios e incompletos (por faltar el cotejo con Peralta y Badnuevo, Felipe Pardo, Mariátegui y otros) y de tono impertinente y extraviado. Escritas por un hombre de otra generación y diferente oficio, pero que ayer lo admiró y hoy respeta su sombra, quieren ser estas páginas tan sólo una interpretación sincera de aquel egregio patricio, hermano de Garcilaso en la fe, por la tierra natal y las comunes aficiones, a quien por singular coincidencia se aplican las palabras iniciales del epitafio del inca historiador en la catedral de Córdoba:

VARÓN INSIGNE DIGNO DE PERPETUA MEMORIA:
ILUSTRE EN SANGRE: PERITO EN LETRAS: VALIENTE EN ARMAS

ALBERTO WAGNER DE REYNA.